

# La luz que se filtra en tu cintura

Juan José Cabedo Torres

Febrero de 2006

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Tu cuerpo es en mis labios  
montaña transparente  
donde las venas marcan  
el perfil de los besos.  
Desatas el cabello  
agitado de estrellas  
y un aura de mil alas  
se te posa en los hombros.  
Entonces te haces río,  
o silueta de nube,  
o pubis vertical del que rezuma  
el corazón que late entre mis dedos  
como un viento nocturno de jazmines.

El aire te acaricia  
con sus dientes de espuma  
e impregna las palabras  
que emergen de tu pecho  
bañadas en la sangre  
de tu alma de gacela.

Te meces como un alga  
que se abriera a mi vientre,  
como un poro insaciable,  
como una sombra verde  
que recobra su forma  
de límite o de labio.

Yo, por mi parte,  
desciendo de tus ojos  
hecho silencio o música de sauce;  
yo, por mi parte, retozo en tu pecho  
como un niño desnudo  
que concita en sus manos  
un vértice de esfera  
y un manantial de savia.

Se te enreda en el cuerpo  
una lengua de hiedra  
que te ensortija el vello  
y entalla la hendidura,  
donde el acantilado  
se deshace en la bruma que bordea  
tu talle de tigresa.  
Me abres tu corazón como un abismo,  
como un pecho sin bordes que respira  
las sombras de la noche,  
como una mano que dibuja  
la línea de árboles  
o esa hoz de luna que perfila  
el centro de los ojos.

Cuando la noche invade  
el dorso adormilado de la tierra  
y despierta el silencio  
que asciende la ladera  
azulada del sueño,  
convoco en la mirada  
la huella transparente  
que dejas en mi pecho.  
Emerges en mi almohada  
como una cálida silueta,  
como espuma que alcanza  
las más remotas olas  
de un mar sin horizontes.  
A veces extendiendo los brazos  
y mi piel fragmentada  
se expande hacia la aurora.  
Allí se impregna de luz y regresa  
como halo, como límite,  
como salvaje corazón que abraza  
el aire delicado de tu pelo.

Abres los ojos  
y en ti penetra el mundo  
como si tus pestañas respiraran  
el vientre de una nube  
o ese azul que desciende  
y te atraviesa el alma.  
Luego los cierras  
y guardas en los huesos  
el viento agitando las hojas,  
el sol que se hace lágrima  
en el tronco del sauce,  
o ese pulso invisible  
que vibra en los segundos.  
Luego llegas a mí, me miras  
y dejas en mi cara  
una sombra de ramas,  
que es como rezuma la vida  
en los poros amantes de mis venas.  
Luego te miro y se posa en tus labios  
el aire que mueven las hadas;  
te miro y entreabres los dientes  
para morder despacio y con violencia  
mi lengua en corazón bañada.

Tú y yo sentimos en la boca  
la esgrima de las lenguas que proclaman  
el poder invisible  
de dos cuerpos que luchan,  
se funden y se vencen  
en el dorso sagrado de la vida.  
No hay polvo en nuestras venas  
sino una sangre intensa y transparente  
que desmiente el vacío  
del que ha perdido el alma.  
No hay hueco en nuestros cuerpos  
sino una inmensa enredadera  
que brota de los vientres  
y asciende hacia lo alto  
como un pájaro herido que palpita  
en las manos de un niño.

Rompen las olas en tu espalda  
como el inmenso corazón de un ancla  
que une mi boca ausente  
al hilo luminoso de tu boca.

La claridad se derrama del cielo  
como un fulgor que te enciende la cara,  
como una fruta que madura  
del hueso a la corteza.

Cuando caminas por la arena  
te haces brisa, horizonte o rama;  
cuando respiras, de tus plantas brotan  
las raíces que buscan en la tierra  
el alma vegetal de los olivos.



Tu voz adelgazada en la distancia  
entra en mi oído descubierto  
como un hilo celeste,  
como finísima agua  
que me traza en el torso  
la curva del deseo.

Yo la apreso en el cuello  
y ella se hace coro de helechos,  
raíz de alga o bóveda que refleja  
el fondo adormecido de los lagos.  
Cuando me hablas en la distancia  
sé que la vida es poderosa y fuerte,  
sé que se puede amar sin labios,  
que hay dientes que se besan  
y esqueletos que se aman,  
que también en la otra ladera  
hay huesos que se orientan  
hacia el pulso invisible de la vida.

Te recoges el pelo como un árbol,  
como la cabellera vegetal  
que ciñen los planetas  
en la estela del tiempo.  
Tu hombro refleja la piel de la luna  
y esa sangre blanquísima que es pájaro  
o rumor del viento en los jazmines.  
Entonces te miras las manos  
y brota de tus dedos  
un dulce acantilado  
donde anidan los besos  
que buscan en la noche  
el hueco de mis labios.

Cuando cesa el deseo  
que te tensa los huesos  
como un arco enterrado  
en el perfil del cuello,  
desciende en tu cintura  
la luna que eleva su calva  
sobre un árbol de noche,  
el vértigo de dientes  
que me muerde la espalda  
y el destello diáfano que emanan  
las huellas de los besos en las sábanas.  
Cuando las manos se entrelazan  
como un ábside sobre las almohadas,  
el mundo se hace esfera,  
germina el asombro en los labios  
y la sangre circula y ama  
como la mirada de un sauce  
por los esteros de la madrugada.

La brisa acaricia en tus miembros  
la hierba salvaje que eriza  
el deseo como una luna negra,  
como la sangre que mancha los labios  
de los mares de piedra.

A veces se ahueca en mi mano  
la ausencia puntiaguda de tu seno;  
a veces convoco en las yemas  
tu rostro transparente  
y tu mejilla ingrávida.

Entonces apareces  
como un corazón silvestre que emerge  
de una confusión de horizontes,  
como un silbo de savia que descansa  
en el limo acunado de los ríos.

Es fácil reconocer en tu boca  
el aliento que exhala el álamo  
en la espalda dorada  
de los ríos sin márgenes,  
es fácil acariciar en los ojos  
el vapor de tu sangre  
que retorna a la vida  
como el amanecer de una garganta,  
es fácil sentir en la lengua  
la raíz silenciosa de tus dedos  
como un viento que peina  
una cabellera de musgo y algas  
en los mares inversos,  
en los lagos soñados,  
en la luz que se filtra en los castaños.

Te da en la cara el aire  
que hace temblar en mí las alas  
del ángel del deseo.  
No hay tuétano más dulce  
que tu saliva enamorada,  
no hay contorno más nítido  
que la luz que irradian tus manos  
cuando acaricias la mañana,  
cuando la vida te brota en la boca  
como una arteria subterránea,  
como lava dormida en la ceniza,  
como la sombra de una nube  
que se te enhebra en las pestañas.

Tu espalda se cimbre  
como una rama cuajada de amor,  
como una madrugada,  
como esas montañas azules  
que son cuerpos tendidos que reposan  
en el horizonte profundo  
de una inmensa pupila.  
Se te deshoja entonces en el rostro  
un tacto de magnolias,  
y te late en la cara  
un pulso mineral  
que es el aire sutil que vibra  
en el corazón de la lágrima  
que marca la intersección de tus muslos  
con el leve crujido de la escarcha.

La sangre desborda tus venas,  
brilla un instante en el aire y se posa  
en las hojas del limonero  
como un ave de nieve y bruma,  
como un rumor de estrellas  
capaz de aunar bajo su velo  
todos los matices del verde  
en el recodo nocturno del tiempo.  
No hay más cálida huella  
que el liquen de tu vientre  
en mis labios abiertos,  
no hay más dulce silueta  
que la hierba marcado  
el perfil luminosos de tu cuerpo.



Te ensombrece la frente  
la pálida luz de una escama.  
Luego desciende y se abraza a los hombros  
como un nimbo de aliagas,  
como una piel difusa,  
como ese aire indolente  
que adoptan las estatuas  
cuando se besan los amantes.  
Tu rostro se enciende en la almohada  
como un pétalo ilimitado  
donde se dibuja en silencio  
un corazón que se acompasa  
al vuelo del albatros,  
al curso de los astros  
y a ese delicado fulgor  
que te ilumina los huesos por dentro.

Acerco mi pecho a tu vientre  
para abrazar un pedazo de cielo  
o ese olor de tierra mojada  
que exhala tu cuerpo  
cuando luchan los brazos con las piernas,  
las manos con los labios.  
Luego te tensas como un fleje,  
Como un arco de sueño,  
y yo me derramo en tu asombro  
como un río palpitante de venas;  
esparzo mi piel luminosa  
en tu pubis abierto  
y confluyo en el tiempo, y me detengo  
como esa luz que transparentan  
las nervaduras de las hojas,  
como un diente que muerde  
la raíz de la espiga.

La noche se sostiene  
en tu cuello dormido  
como una bóveda de estrellas  
que cuelgan de las ramas,  
como un jardín de gárgolas  
donde las piedras huelen  
a limones y a besos.  
Cuando tus pies se orientan  
a un Sur de caracolas  
el mar se hace en mis manos  
sueño de niebla y espuma de nieve  
que dibuja en mis yemas  
el contorno azulado  
de tu silueta verde.

Tu sangre perfuma mi sangre  
en la azotea del deseo  
como un gemido que ilumina  
la raíz profunda del aire,  
como esa brasa que despierta  
el corazón vegetal de los sauces.  
Asoma la luna con su hoz delicada  
que siega los pétalos y los hunde  
en la noche de martillos y fraguas,  
hacia la herida donde aún late  
el amor de los abedules.

Duermo sobre la tierra  
como una membrana que busca  
la huella que posa en mis huesos  
la ausencia de tus dedos.  
Te peinan las estrellas los cabellos  
con un soplo de estela  
que te acuna en los labios  
la luna ensangrentada  
que palpita en mis plantas.  
Entretanto se me ensancha en los ojos  
un universo de pestañas,  
pupilas y miradas  
para que sienta en la garganta  
el aliento que me deja en el rostro  
el hueco redondo de un beso.

En viento se impregna de Océano  
y derrama en tu boca  
el aliento inmenso del mar  
que se mece en las olas  
como espuma celeste  
en la azul lejanía  
de los labios ausentes.  
Tú le entreabres los dientes  
y lo abrazas en las pestañas  
mientras la luna se eleva en tus manos  
como un horizonte nocturno  
de azoteas y párpados,  
como un deseo que se encarna  
en los astros que imitan  
el palpito salvaje  
de mis venas amantes.

Tu boca contiene un rayo de noche,  
la semilla de un fruto  
y esa saliva fresca  
que despierta en mis brazos  
la pasión de los surcos.  
Cuando te dibujo en el aire  
y trazo con el dedo  
el hueco delicado de tu cuerpo  
me brota en las arterias  
la silueta de un lirio  
y el contorno de un sueño;  
cuando te atrapo entre los árboles  
y rozo tu aura con mis huesos,  
se desboca en mi sangre  
un huracán de encías y alacranes  
que marcan en tu piel  
el rastro enamorado de los besos.

A veces mi piel se fragmenta en cielo,  
en cauce, en estrella, en corteza de olmo,  
en temblor de alma abierta como un ala.  
A veces mi cuerpo se expande y mana  
como un río perfumado de esperma  
para que palpite en tu vientre  
y me alce hasta tus ojos  
como espuma, como ola,  
como la sangre amarilla de un roble.  
Mi cuerpo se deshace y fluye  
hecho mundo, hecho noche,  
hecho constelación de espadas  
o ese mador que se posa en los labios  
cuando la vida se vuelca hacia dentro.



Te bailan en la nuca las estrellas  
que aman como un monte tranquilo  
el fulgor que te enciende en las arterias  
la caricia del viento  
y ese murmullo de lenguas y de hojas  
que es cántico de vida en tu garganta.  
Cuando la luz del mundo  
se estrecha en tu cintura  
como un anillo que adelgaza  
el labio adormecido de la tierra,  
intuyes en el aire  
el gozo de los chopos,  
la esfera que dejamos  
y el cielo que habitábamos

Te nace en la pupila  
la verdad que tiembla en el aire  
cuando la piel se enlaza  
como un eco de sangre,  
como un cuerpo de miembros vegetales  
que crece por dentro y te hace mía,  
como un torbellino de lenguas  
en las constelaciones no visibles  
desde este lado de la luna.  
Mana la vida de tu vértice  
como una niebla dulce,  
como el fresco rumor del agua  
donde mi voz renace  
en el temblor oscuro  
de tus heridas más profundas.

Mi voz entra en tu oído  
como otra sangre que resuena  
en el interior de tus venas,  
como un beso que te corre por dentro  
con el dulce sonido  
que te llena de mí y nos hace uno  
en un aria que es pasión silenciosa  
y salvaje deseo de astrolabios.  
Cuando tú me miras, me habitas  
como un ala que acariciara  
las cabezas, como un gran viento  
que posara su mano  
en el arpa del trigo  
y después descansara.

No te busques en el espejo,  
ni en ese vapor misterioso  
que brota de las cosas;  
búscate en mí y encuéntrate en mis ojos  
donde habitas como un río impetuoso  
de sangre sabia y tibia,  
como una brisa limpia  
que pule la mañana,  
como un viento nocturno que desborda  
la forma de las sombras  
y las enlaza delicadamente  
en el tallo luminoso de un lirio.

No te busques en el espejo,  
mírate en mi pupila  
diminuta e inmensa  
y recoge tu talle  
al otro lado de la noche  
donde yacen los cuerpos  
que se han amado frente al fuego  
con ternura salvaje.  
La vida se hace llama,  
te acaricia la piel  
y te talla en la cara  
unos rasgos amargos  
de niña maltratada.  
La vida se agazapa en la penumbra,  
te dibuja los labios  
y se hace saliva de beso  
o un hilo de baba apenas visible  
que une mi pecho a tu garganta.

La noche penetra en tu alma y la absorbe  
como un volcán dormido que reposa  
junto al fulgor que brota  
de nuestros dientes entreabiertos.  
Vienes a mí como un eco de luz,  
como la silueta de un haya  
en la inmensidad de la tarde.  
Yo, por mi parte, te abrazo en la tierra  
para que me abras a la aurora  
como una semilla que alcanza  
las más altas constelaciones.

La materia celeste  
desciende vertical a tu cintura  
y se hace luciérnaga, o piel, o azada  
que graba en el hueco de un surco  
el envés de tu boca.

La vida palpita bajo la lengua  
como un viento fuerte que araña  
la corteza donde los dedos trazan  
las sendas de los besos  
o esa grieta que dejan los amantes  
en los esqueletos de las almohadas.

Acerco mi oído a tu cuello  
y escucho en el vientre que tiendes  
como una ola de tierra interrumpida  
el rumor de los ríos  
que crecen hacia dentro  
y ese latido que cava en la noche  
desde el otro costado.  
Hay ojos que ablandan las pieles  
y ciervos que nunca bebieron  
la aurora que mana en los prados;  
hay manos como dientes  
y brazos como labios  
que escuchan en silencio  
el diálogo de los árboles  
y el canto solitario de la luna.



Llueve sobre la tierra  
y la cubre de un fino sueño  
para que emanen de los árboles  
como una niebla que enreda los dedos  
en su tibio tacto de espuma.

Te inspiro en cada nube  
y te espiro en el vuelo de las águilas  
como un corazón sumergido  
en la selvática ternura  
que enamora a los corzos.

Luego te desvaneces y te encuentro  
en la sombra del viento que susurra  
la palabra mágica que abre el alma  
al arpa luminosa de los prados.

A veces se quiebran los huesos  
para que cale en ellos  
el aire azulado de invierno  
o ese trozo de espejo  
que es vaho silencioso de arcilla.  
Entonces se juntan las almas  
que son mitad mar, mitad cielo  
en la espalda temblorosa de un árbol  
plantado en la ladera de la noche.  
Más tarde se fragmentan en un sueño  
como una brisa que germina,  
como un cuerpo enlazado  
a las raíces de la madrugada

A veces te haces voz  
y un aire delgado que entra en mi piel  
como una caracola que creciera  
beso a beso hasta alzarse en eco.

A veces tu cintura  
es anillo que crece  
hacia un Norte de lunas transparentes,  
o arena con forma de sueño  
en los esteros de la noche.

Te yergues ante mí  
como un río invisible que brotara  
de una lengua de luz y se volcara  
en el molde del aire  
y en esa transparencia  
que deja la brisa que mueve  
las hojas de las hayas.  
Luego te apoyas en mi pecho  
como una ola, como un aroma de algas  
que anida entre los huesos y despierta  
el cándido gemido de la nieve.

Libera los ojos y mira  
cómo descansa la tarde en tus hombros,  
cómo rueda la noche entre los sauces  
y te rodea el talle  
para que seas tierra, surco, raíz  
o ese fulgor que cruje imperceptible  
en el vuelo circular de tu falda.  
El tiempo se detiene  
en el umbral del próximo segundo  
y la vida se remansa en mis labios  
para decir tu nombre;  
entreabro los dientes y surges  
de un sueño de mariposas y pájaros  
como una mano invisible que muestra  
el latido secreto de los astros.

La vida te extrae de la tierra  
como un mineral puro,  
como una mano que moldea  
el aura de los cuerpos bellos  
o esa lejanía que bate el mar  
en las alas de los alcaravanes.  
La vida me vierte en tu hueco  
como un agua que roza  
los labios de la noche;  
luego me desanuda el alma  
y deja que crezca en mis sienes  
un alga que acaricia  
el vientre de los peces  
y una arteria que late  
al compás de las gárgolas.

Amarte es conocer la tierra  
que se abre como un fruto  
para que germine el silencio  
bajo las hojas del castaño,  
para que brote entre los álamos  
el manantial que fluye  
como un labio ingrátido y lento  
que besa desde abajo  
la raíz de los olmos.  
Amarte es saber del silencio  
que rueda entre las pieles  
como un rostro que se espeja en la brisa,  
como un cuerpo desnudo  
que carece de bordes.

Tu labios sobrevuelan en silencio  
las palabras que se abren a la noche  
como ofrenda a los dioses insepultos.  
Tu cuerpo limita el fulgor que brota  
cuando una mano sin peso despierta  
la memoria dormida de los besos.

Algunas piedras guardan  
la secreta tormenta del planeta;  
algunas miradas reflejan  
en la curva del sueño  
todo lo que amaron los hombres.

Un río de agua y sombra fluye  
hacia el delta que acompasa en su arena  
el canto de la hierba,  
los dientes de los tigres  
y esa soledad que cincela  
el vuelo de los peces abisales.



Inspiro en tu piel la tierra mojada  
y espiro en cada beso  
la luz que se filtra en las hojas  
como un latido que sube del cuello  
y resuena en los dientes,  
como una lluvia que adormece  
el perfil misterioso  
de las catedrales soñadas.  
Entro en ti, que eres carne transparente  
y renazco en tus manos como pájaro,  
como agua, como espejo,  
como el viento que despierta en el rostro  
la pasión de los astros  
y el amor silencioso de los ciervos.

*Juan José Cabedo Torres*